



¡CUÁNTO TARDA! — Cuadro de JOAQUÍN AGRASOT.

antiguísima; y hacia ella, seguido de Huracán, encaminó sus pasos. Ya anochecido, llegó á la misma que estaba situada al borde de un camino, y desde la puerta pidió cortesmente hospitalidad.

—¡Adelante!—contestó una voz femenil.

—Buenas noches—dijo el cazador presentándose con su perro en la cocina, en cuyo testero principal, sobre ancha losa de piedra, ardía una brasada de leña, en torno de la cual estaban reunidos varios campesinos que, al amor de la lumbre, confortaban de las inclemencias del tiempo.

Todos respondieron con amabilidad al saludo del cazador, y haciéndole sitio, debajo de la ancha campana de la chimenea, después de quitarse el capote que estaba chorreando, tomó el hombre asiento teniendo á su perro á los pies.

La dueña de la casa de campo, que era una labradora ya entrada en años, se apresuró á ofrecerle cena.

Este agradeció la atención, diciendo:

—Yo con cualquier cosa me conformo; con que haya cena para mi perro me doy por contento.

Los circunstantes no pudieron menos de sorprenderse de las palabras del recién llegado, de modo que uno de ellos se atrevió á decirle:

—Es extraño,—repuso don Ramón—pero muy justo. Si supiesen ustedes el motivo que tengo para tratarle bien, no me preguntarían si le quiero. Mi conducta para con él no es comprensible sin conocer una anécdota de mi vida.

Entonces todos á una, llenos de curiosidad, le suplicaron que la contara si en ello no había inconveniente.

—No lo hay,—repuso amablemente el caballero;—antes me congratulo siempre en contarla á quienes tienen interés en oírla.

Yo, señores míos, he corrido mucho mundo; y antes de reducirme á la honrosa y pacífica orden del matrimonio, he gustado de toda clase de aventuras. Sin decir que he sido propiamente militar, he estado muy junto á la milicia, y tanto que he asistido á algunas batallas, poniendo mi vida á servicio de la causa que he creído mejor para la grandeza de mi patria.

Habiéndome, pues, en cierta ocasión encomendado una misión tan delicada como peligrosa, me puse en marcha en compañía de este fiel é inseparable compañero mío, quiero decir de este hermoso perro que veís. Era yo entonces joven é iba bien armado y nada temía de los hombres.

Cogíome la noche por el camino, como ha sucedido ahora, y llamando á una venta, para mí desconocida, recibíome con grandes muestras de contento. Cenamos yo y mi perro á satisfacción; y diéronme para dormir un buen lecho instalado en un aposento del piso bajo con una ventana que daba al campo. Nada había en aquella habitación de misterioso ni que pudiera inspirar la más mínima sospecha. Era noche de verano y lucía una luna clarísima. Así es que me acosté sin luz, pues era bastante la que entraba por los cristales de la susodicha ventana.

Rendido por el cansancio iba á quedarme dormido, cuando sentí gruñir á mi perro, con un gruñido especial que sólo yo entiendo y que me indica siempre haber descubierto algo anormal.

Me incorporé, miré á mi amigo y vi que no quitaba los ojos de la parte del techo que caía encima de mi cama. En efecto; allí brillaba algo extraño que parecía dotado de movimiento descendente. Salté de un brinco de la cama y no bien habíalo hecho, cuando vi caer rápidamente una enorme cuchilla de acero, á manera de guillotina, que á haber estado yo debajo, hubiérame dividido en dos pedazos.

Me había acostado vestido; así es que no hice más que tomar mi escopeta, y saltar por la ventana seguido de mi perro. Cuando acordaron entrar los criminales, ya estaba yo en salvo.

A todos interesó la historia del cazador. Todos acariciaron al perro, que era en verdad un hermosísimo y noble ejemplar de su raza.

Y como alguno le objetara que era exagerada la gratitud que demostraba al animal, repuso con vehemencia el cazador:

—No, señores; no hago nada de extraordinario. No hago más que pagar una deuda de sangre; y una deuda como ésta, no se paga con nada... Acaso, sólo con la vida!

† J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE

RICARDO BRUGADA



LAVANDERAS

